6173

EL LEGADO.

CUADRO DRAMÁTICO

EN VERSO,

ORIGINAL

DE

ANTONIO LOPEZ MUÑOZ.

GRANADA.

IMPRENTA DE PAULINO V. SABATEL,
PLAZA DE BIB-RAMBLA.
1878.

EL LEGADO.

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/ellegadocuadrodr3084lope

EL LEGADO.

CUADRO DRAMÁTICO EN VERSO,

ORIGINAL

DE

ANTONIO LOPEZ MUÑOZ.

Representado con gran éxito en el Teatro Principal de Granada.

GRANADA.

IMPRENTA DE PAULINO V. SABATEL,
PLAZA DE BIB-RAMBLA.
1878.

Esta obra es propiedad de su autor.

A mi hijo Antonio.

Cuando *luzca con todo su esplendor en tu alma la luz divina de la razon, lee este cuadro, hijo mio, que ha sido escrito pensando en tí. En tí he creido adivinar á Arturo, y te he pintado en ese personaje, tal como te ve mi amor y como quiero que seas.*

Mira en estas ideas que tú has inspirado la eterna bendicion de tu padre.

Antonio.

REPARTO.

PERSONAJES.	ACTORES.
D.ª María	*Sra. Ruiz de Galvan.*
D. Diego.	*Sr. Galvan.*
Emilio.	*Sr. Gomez.*
Arturo.	*Sr. Obregon.*

EDUARDO HIDALGO, EDITOR
MADRID

Al entrar este drama en prensa, ha sido aceptado por D. José Valero para representarlo en el Teatro Español, y por algunos otros directores de escena.

EL LEGADO.

CUADRO DRAMÁTICO.

ACTO ÚNICO.

La escena representa una habitacion decentemente amueblada: dos puertas al foro: la de la derecha conduce al exterior de la casa, y al interior la izquierda. Otras puertas laterales. En el segundo término izquierda habrá un armario, y en primero derecha un gran sillon. Al levantarse el telon, salen D. Diego y Arturo por la puerta del foro (derecha,) cogidos del brazo.

ESCENA I.

D. Diego *y* Arturo.

Arturo. Vamos. (Obligando á D. Diego á acelerar el paso.)
Diego. No me hagas diabluras.
¿Tengo yo tu agilidad?
Arturo. Y más.
Diego. No; pesa la edad
más de lo que te figuras.
Por eso, mientras al cielo
vuelves tu gallarda frente,
mi cabeza lentamente
se inclina, buscando el suelo.
La luz que en los cielos arde
la de tus ojos enciende;
sobre los mios se extiende
ya la sombra de la tarde.
Arturo. Si tú me rindes á mí;
¿no recuerdas que en el cerro

669728

quedé atrás? piernas de hierro
tienes.

DIEGO. Já... já... já... Eso sí.
¡Vaya una generacion!
Hechos estais de bizcocho;
yo que soy un viejo chocho
te domino á discrecion.
Y á mi edad...

ARTURO. En tí muy poco
su pesadumbre se advierte.
Pues si eres tú lo más fuerte...
echa el pulso...

DIEGO. No seas loco.

ARTURO. Échalo...

DIEGO. Si has de perder...

ARTURO. Á verlo.

DIEGO. ¡Vaya una estampa!

ARTURO. Coje. (Lo hace en efecto, y es vencido por Arturo).

DIEGO. No; me has hecho trampa.
Aguarda.

ARTURO. Vamos á ver.

DIEGO. Una, dos, tres...

ARTURO. ¿Qué, no aprietas?

DIEGO. No; si á la silla te arrimas...
¡caramba! que me lastimas.

ARTURO. Já... já... já... ¡Qué morisquetas!

DIEGO. Anda allá, con tus enredos.

ARTURO. Soy de bizcocho.

DIEGO. ¡Tunante!
Pues como el palo levante
te vas á chupar los dedos.

ARTURO. ¿Alzar el palo? Caerías.

DIEGO. ¿Yo caerme? Te equivocas.
Aguarda.

ARTURO. ¡Qué! No me tocas. (Huyendo.)

DIEGO. No huyas.

ARTURO. Eso querrías.

DIEGO. Que no te apartes te digo.
¡Dudar de que yo soy fuerte!

La muerte, con ser la muerte,
no ha de atreverse conmigo.
Y te lo he de repetir;
si al fin os llego á cansar,
muerte me tendreis que dar;
que yo no me he de morir.
Te concedo un armisticio.
Ven: acércame el sillon.
¡Te pillé! (Lo coge de un brazo).

ARTURO. ¡Claro! ¡Á traicion...!

DIEGO. Vaya; tengamos juicio. (Se sientan D. Diego en el sillon, y Arturo en una silla ó taburete).
Háblame un rato formal
de tus estudios. ¿Qué esperas?

ARTURO. Pero si tú no te enteras.

DIEGO. Si me entero; ¡voto á tal!
Tu carrera me fascina;
¡ser del que sufre el consuelo!
Vamos, dí.

ARTURO. ¿Pero tú, abuelo,
qué entiendes de medicina?

DIEGO. Sé en qué consiste la tos
y el reuma y la calentura,
y sé que todo se cura...

ARTURO. ¿Cómo?

DIEGO. Queriéndolo Dios.

ARTURO. Pero el médico...

DIEGO. ¡Bobada!

ARTURO. De ese modo...

DIEGO. ¿Qué? ¿Te irrita?
Todo con nada se quita
ó no se quita con nada.
Vaya. ¿Tú no has estudiado
la tos?

ARTURO. Sí.

DIEGO. Pues, hombre, un dia
¿por qué no curas la mia
que me tiene fastidiado?
No me sirve el sinapismo,

ni me curan los cordiales.

ARTURO. Abuelo, porque tus males
son ya tu fe de bautismo.
Si tú tienes... ¿cuántos años?

DIEGO. Eso no te importa ¿estás?
No se pregunta jamás
tal cosa.

ARTURO. Si esos regaños
no tienen razon de ser:
si la edad está en la cara.

DIEGO. Ó no.

ARTURO. La tuya es bien clara.

DIEGO. ¿Sí?

ARTURO. Tú vendrás á tener
setenta años.

DIEGO. ¡Qué setenta!
Tengo más.

ARTURO. ¿Más? Á que no.

DIEGO. Lo sabrás mejor que yo.

ARTURO. Tú ya has perdido la cuenta.

DIEGO. Dale; tu teson me exalta;
yo tengo ya cuatro duros.

ARTURO. Y yo con tantos apuros...
dámelos, que me hacen falta.

DIEGO. ¡Bribon! ¿Te me estás burlando?
Yo te embromaré tambien;
ya caerás.

ARTURO. Y poco bien
que tú me estás embromando.
Tengo un hambre que no veo;
y aquí con tanto charlar...
Vaya, me voy á almorzar.

DIEGO. Refrena un poco el deseo;
en comer sé comedido.

ARTURO. Con tus sermones no empieces.
Ya de hambre dos ó tres veces,
el pavo se me ha subido.

DIEGO. Pues sal de penas, rapaz.
¿No tienes hambre?

ARTURO. Sí.

DIEGO. ¡Bravo!
¿No te se ha subido el pavo?
pues te lo comes y en paz.
¿No ves como al fin caiste?
Cuéntale á tu padre hoy
(Se vanta Arturo al oir esta última frase, y se entristece visiblemente).
este chasco que te doy.
Pero ¡qué cara tan triste!
¿Te has enfadado?

ARTURO. No tal.

DIEGO. ¿No sabes que tengo, Arturo,
que reñirte? Estoy seguro
de que me quieres muy mal.

ARTURO. ¿Yo, abuelito...?

DIEGO. Tú.

ARTURO. ¿No dejas
tu actitud? Todo lo tomas
en chanza.

DIEGO. No, no son bromas;
tengo que darte mis quejas.
Yo, que te quiero... (No ignoras
cuánto te quiero.)

ARTURO. Sí, mucho.

DIEGO. Pues yo te miro y te escucho
con afan á todas horas.
En medio del regocijo
que inunda todo tu ser,
te he llegado á sorprender
con un pensamiento fijo,
como ningun otro aciago;
que en tí de repente brota,
y es como piedra que azota
las claras ondas de un lago.
Si tu inocente mirada
es de ordinario tranquila,
¿por qué á veces tu pupila
miro triste y apagada?

¿Qué motiva tus enojos?

ARTURO. ¿Yo enojos?

DIEGO. Sí.

ARTURO. No señor.

DIEGO. Si aun la sombra del dolor
cruzando está por tus ojos.
De repente sus destellos
miro desaparecer.
¿En ellos qué no he de ver
si me estoy mirando en ellos?

ARTURO. No; te engañas, abuelito.

DIEGO. Para mi larga experiencia
el fondo de tu conciencia
está en tu semblante escrito.
Yo te miro sonreir
cual nuncio de dicha cierta,
viendo en el sol que despierta
la imágen del porvenir;
respirando de la flor
los encantados aromas,
y oyendo de las palomas
el tierno arrullo de amor.
Mas como rápida nube,
al sol su reflejo quita;
como la flor ya marchita
en alas del viento sube;
como las palomas van
huyendo despavoridas,
al mirarse acometidas
por el fiero gavilan;
así presa de una idea
tenaz que te punza el alma,
núblase la dulce calma
que tu espíritu recrea.
Tu mirada sorprendí
tornarse fria, de hielo,
y sólo fija en el cielo,
como buscando algo allí;
y una lágrima, hijo mio,

miré rodar por tu cara,
como si Dios te enviara
una gota de rocío.
¿Qué causa, díme, esas horas
de tristeza y de quebranto?
¿Por qué á veces viertes llanto?
¿Y por qué ahora mismo lloras?

ARTURO. Si he de hacerte padecer,
¿á qué contarte mi mal?

DIEGO. No importa; deja el raudal
de tus lágrimas correr.
Salga, salga tu dolor
en esas perlas deshecho;
y recíbalas mi pecho,
arca santa del amor.
Sí; dime tu sufrimiento.

ARTURO. Pues que lo quieres saber,
mi padre me hace tener
esta amargura que siento.

DIEGO. ¿Tu padre?

ARTURO. Sí.

DIEGO. ¿Pues qué pasa?

ARTURO. ¡Si tú lo sabes!

DIEGO. No á fe.

ARTURO. Apenas si se le ve
bajo el techo de esta casa.
Nunca me ofreció mi padre
cariñosos embelesos;
nunca me dió aquellos besos
que recibí de mi madre.
Nunca, de ventura lleno,
sentí el calor de sus brazos;
nunca con dulces abrazos
me estrechó contra su seno.
Nunca bellas ilusiones
por su ejemplo concebí;
nunca sus lágrimas ví
ni escuché sus bendiciones.
Jamás sentí la alegría

de sus frases amorosas;
nunca me dijo... esas cosas
que mi madre me decia.
Muerta mi madre, el vacío
hizo más duro el contraste;

(D. Diego hace un movimiento como para interrumpirle. Arturo se anticipa al pensamiento que esta actitud revela, y dice atajándolo).

sí; tú el vacío llenaste
con gran amor, padre mio.
Pero no bien cobró aliento
mi razon, y la verdad
con su triste realidad,
se clavó en mi pensamiento,
busqué en vano explicacion
de aquellos hechos extraños,
y llevo ya hace dos años
la duda en el corazon.
¿Me ama mi padre? No sé.

DIEGO. ¿Á eso la inquietud te llama?
Te ama.

ARTURO. Pues si me ama,
¿por qué me esquiva, por qué?
Cada vez más crece ahora
en mi padre ese despego,
y cada vez más el fuego
de la duda me devora.
Qué más, si ha perdido... (padre,
perdona mi pesadumbre,)
hasta la santa costumbre
de ir á rezar por mi madre.
¡Oh, madre mia! El consuelo
de ese santo amor del alma,
es lo que busco sin calma
cada vez que miro al cielo.
Y ese llanto abrasador
del que en mí sorprendes huella,
á veces pienso que es de ella,
que lo vierte por mi amor.

DIEGO. No, Arturo, no; sin que acudas
á un extremo semejante,
hay explicacion bastante
á desvanecer tus dudas.
Tiene el dolor variedad;
siempre late el corazon
segun nuestra condicion,
nuestro carácter y edad.
Tu padre no es espansivo
por carácter, no otra cosa;
y á la muerte de su esposa
lo hizo el dolor más esquivo.
¿Pero amarte? Es natural:
si él te trata con desden,
no es que no te quiera bien;
es que te lo expresa mal.

ARTURO. Aun queda la duda en mí
siempre que en esto me fijo.
¿Por qué tratas á tu hijo
como me trata él á mí?
No es tu carácter; tú eres
conmigo afable; con él
á veces hasta cruel;
¿es que á mi padre no quieres?
De tu diverso cariño
por piedad rompe el arcano.

DIEGO. Es que el frio del anciano
busca en tí el fuego del niño.
En el placer y en la pena
bien los dos nos entendemos;
somos tú y yo los extremos
en una misma cadena.
Tú eres el rio que avanza,
y yo el abismo del mar;
yo, la sombra del pesar,
tú, la luz de la esperanza.
Y por eso sin amaño
juntas nuestras almas van,
como en la vida lo están
la ilusion y el desengaño.

ESCENA II.

DICHOS *y* MARÍA. (Foro izquierda).

MARÍA. Pero, hombre ¿en qué estás pensando
(Á Arturo.)
que no has pedido tu almuerzo?
ARTURO. Ibamos ya.
MARÍA. De seguro
que la culpa es de tu abuelo.
Te echaba un sermon.
DIEGO. Sí; justo.
MARÍA. Pareces un misionero;
siempre predicando.
DIEGO. Siempre;
(Con visible mal humor).
y por desgracia, en desierto.
MARÍA. Has errado la carrera;
debiste ser fraile.
DIEGO. Eso,
fraile; que estando ordenado,
estaria en órden puesto.
Anda á almorzar, hijo mio.
MARÍA. Anda, te sigo.
ARTURO. Te espero.
(Váse por el foro izquierda.)

ESCENA III.

D. DIEGO *y* MARÍA.

MARÍA. Diego, yo tengo que hablarte.
DIEGO. ¿Qué me quieres?
MARÍA. ¡Hum! ¡qué genio!
Eras tan tierno de jóven,
como eres brusco de viejo.
Aprende de mí, que siempre
mi afabilidad conservo,
aunque tambien ya soy vieja.

DIEGO. ¿Vieja tú?
MARÍA. Sesenta tengo.
DIEGO. ¡Qué has de tener...!
MARÍA. Ya cumplidos.
DIEGO. Es verdad en cuanto al tiempo;
pero lo que es en cordura,
tiene más edad tu nieto.
MARÍA. Bueno; será lo que quieras;
siempre soy yo la que cedo.
DIEGO. *Cedo* en latin significa
cortar; en ese concepto,
tú eres siempre la que corta
por lo sano.
MARÍA. Ó por lo enfermo.
DIEGO. Enfermo me tienes tú
con tu charlar indiscreto.
MARÍA. Déjame hablar.
DIEGO. ¿Para qué,
si ha de ser el mismo cuento
de siempre!
MARÍA. Sí, que es el mismo.
DIEGO. Pues no te canses.
MARÍA. Pues quiero
hacerte ver que te obstinas
sin razon.
DIEGO. Pues yo te dejo;
y hablarás con las paredes
si te resisten.
MARÍA. ¡Qué empeño
en hacerme sufrir tienes!
¿Piensas tú que eso es bien hecho?
DIEGO. Lo que no puede aguantarse,
María, es que tú, sabiendo
por demás que es imposible
acceder á tus deseos,
me repitas, sin embargo,
tu cancion cada momento.
MARÍA. Mi amor de madre me impulsa.
DIEGO. Tu amor de madre indiscreto,

del cual hace tiempo tocas
los desastrosos efectos.

MARÍA. ¿Y por qué no te es posible
ceder al fin á mi ruego?

DIEGO. Ya te lo he dicho cien veces;
presté el santo juramento
de retener el legado
para Arturo, y he de hacerlo,
á mi palabra de honor
respondiendo como bueno.

MARÍA. Mas si su madre fué injusta...

DIEGO. No lo fué; pues qué ¿no es cierto
que tu hijo su fortuna
entera perdió en el juego?
¿No es cierto que no hay barrera
á su torpe desenfreno?
¿Por qué ha de pagar Arturo
culpas de su padre?

MARÍA. Pero...

DIEGO. Sobre todo, bien ó mal,
así lo dejó dispuesto
al morir, aquella santa,
y á su voluntad me atengo
por ser justa, por ser cuerda,
por ser el mandato expreso
de un moribundo, y en fin,
porque lo he jurado al cielo.

MARÍA. Pero en tanto Emilio...

DIEGO. Emilio
no tiene ningun derecho
para arrebatarle á Arturo
su porvenir.

MARÍA. Pero Diego...

DIEGO. Pero María...

MARÍA. Está visto;
me canso en vano.

DIEGO. Me alegro;
hace ya bastantes años
que has debido comprenderlo.

MARÍA. Diego, por Dios, dame gusto.
Es por mí.
DIEGO. Vete al infierno.
MARÍA. Ya me voy.
DIEGO. Anda con Dios.
MARÍA. No he visto un hombre más terco.
(Váse por el foro izquierda.)

ESCENA IV.

D. DIEGO.

¡Desgraciada! No conoce
que en esta rudeza envuelto,
de llorar mis amarguras
mis ojos están ya secos;
y sufro tanto, que vivo
en fuerza del sufrimiento.

ESCENA V.

D. DIEGO *y* EMILIO.

Emilio sale por la puerta derecha del foro, y sin ver á D. Diego se dirige á la izquierda del escenario.

EMILIO. No hay remedio; la fortuna
me cierra todas sus puertas.
(Reparando en su padre).
¡Mi padre! No sé por qué
me intimida su presencia.
Buenos dias.
DIEGO. ¿Qué, eres tú?
No te extrañe esta sorpresa.
Como es un milagro ¡verte...
EMILIO. Mis quehaceres no me dejan
venir por casa.
DIEGO. Si, es claro.
El trabajo á que te entregas
es rudo, y no te consiente...
haces bien;... esas tareas...

son sagradas.

EMILIO. ¡Siempre irónico!
¡Siempre la burla!

DIEGO. No es esa
mi intencion; yo bien comprendo
que esta casa es muy estrecha,
y que tú ya necesitas
otro horizonte, otra esfera.
¿Qué hay en casa que te llame?
Dos viejos que ya chochean
y un niño que apenas toca
el umbral de la existencia.
¡Valiente pasto á un espíritu
siempre ganoso de empresas!
Los viejos ya casi envueltos
en el manto de la tierra,
con el frio de la muerte
todo cuanto tocan hielan;
el niño casi en las brumas
envuelto de la inocencia,
habla el lenguaje del cielo
que no concibes siquiera.

EMILIO. ¡Padre!

DIEGO. ¿Qué importa que el niño
cuando se rasgue la niebla
y descubra los abismos
que la vida humana cercan,
no tenga una mano amiga
que lo dirija y sostenga?
¿Ni qué importa que los viejos
cuando llegue la hora extrema
no encuentren amantes brazos
donde posar su cabeza?

EMILIO. ¡Padre!

DIEGO. No es esa la vida.
Hay que gozar de las bellas
que dan al placer su cuerpo
y su alma á las tinieblas.
Hay que tratar los amigos

en el juego y en las fiestas,
donde si el honor se pierde,
se adquiere fama y grandeza;
aunque duerma la lealtad
y la traicion esté en vela;
aunque el huracan del vicio
que allá en el cieno se engendra
airado ruja, y se lleve
en pedazos la conciencia.

EMILIO. ¡Padre...! (Yendo á besar su mano).

DIEGO. No toque tu mano
ésta de vicios ilesa;
la has de besar de rodillas
cuando de mí digno seas. (Váse 1.ª derecha).

ESCENA VI.

EMILIO.

Tiene razon; no es igual
su mano limpia y honrada
á la mia, profanada
por el contacto del mal.
Pero así no me resigno;
yo mi culpa borraré,
y á estrecharla volveré
cuando de hacerlo sea digno.
Del deber mi vida esclava
trabajaré con afan;
que el trabajo es el Jordan
que todas las culpas lava.
Mas ¿cómo? ¿cómo? No puedo...
¿Á dónde iré? ¿con qué frente,
si tal obro, que la gente
me señala con el dedo?
Del mal la huella maldita
es tan clara y es tan honda,
que aunque en el alma se esconda,
siempre va en la frente escrita.

Dice algo que aquí remuerde
que en esta senda liviana,
cada paso que se gana
es un mundo que se pierde.
Y yo lo he perdido todo;
inmundo mi crímen es,
y voy con mis propios piés
salpicándome de lodo.
¿Qué más? Á mi padre mismo
pido favor, é inhumano
hasta él me niega su mano
para salir del abismo.
Si un golpe de la fortuna
que siempre se me negó
me salvara... si ella no,
no queda esperanza alguna.
¿Y cómo lo he de intentar?
¡Ah, sí; el legado de Arturo...!
ese es un medio seguro.
¿Pero qué iba yo á pensar?
¿Dónde mis pasos dirijo?
¿Qué afan es éste menguado,
que ya no estimo sagrado
ni el porvenir de mi hijo?
¿Qué es esto que ostiga así?
¿Qué pensamientos me oprimen?
¡Oh! la tempestad del crímen
que ruge dentro de mí.
Ruja, pues, sin dilacion;
rómpanse todos los lazos,
y estalle al fin en pedazos
de una vez mi corazon.

(Emilio dice estos últimos versos delirante, como término de la lucha terrible que ha sostenido durante el monólogo, cuyas transiciones quedan confiadas al talento del actor).

ESCENA VII.

EMILIO *y* MARÍA. (Foro izquierda.)

MARÍA. Emilio...
EMILIO. ¡Madre!
MARÍA. ¿Qué tienes
que tu cara me da espanto?
EMILIO. ¡Madre!
MARÍA. Dí ¿qué tienes? habla.
EMILIO. Que estoy perdido, arruinado;
que mi honor corre peligro;
que he de dar en breve plazo
una suma que no tengo
ni puedo tener; que el ánimo
por primera vez me falta,
y que cual tristes presagios
cruzan por mí pensamientos
aun más que mi suerte aciagos.
MARÍA. Hijo, por Dios, vuelve en tí;
tu mente exaltada acaso
exagera tus desgracias.
EMILIO. ¡Ah! no, madre, no me engaño.
Amigos á quienes antes
debí atenciones y halagos,
me esquivan y me desprecian;
(Con gran amargura.)
aquellos que en mí encontraron
la salvacion de su nombre,
hoy me pagan con agravios.
Mi padre, mi mismo padre,
me rechaza de su lado.
Todos me abandonan, todos.
MARÍA. ¿Todos te dejan? ¡Ingrato!
¿Yo tambien?
EMILIO. No, madre mia;
sólo en tí, sólo en tus brazos,
sólo en tu amor, como siempre,

hallo refugio y amparo.

MARÍA. Y nunca habrá de faltarte.
Yo no sé si bueno ó malo
te presentas á mis ojos;
yo sólo sé que te amo;
que soy tu madre; que siempre
digno de mi amor te hallo;
si bueno, porque eres bueno;
y si no, por desgraciado.
Sí, hijo mio; cuando broten
en tu espíritu agobiado
esos tristes pensamientos,
esos funestos presagios,
piensa en mí; vuelve los ojos
á tu madre sin reparo;
que siempre para tu amor
será mi pecho un sagrado.

EMILIO. Sí, sí, lo sé, madre mia;
y á tí llego; es necesario
que termine este combate
que mi vida está minando.

MARÍA. ¿Pero qué hacer?

EMILIO. Hay un medio
de acabar con los obstáculos,
de ahuyentar mi pesadumbre,
de hacerme digno y honrado.

MARÍA. Sí, hijo mio; te comprendo;
al fin detienes tus pasos
por esa senda maldita
que da sólo desengaños.
¿Por qué, por qué de tu padre
que te ama, no has escuchado
los saludables consejos
tan cariñosos, tan sabios?
La alegría de tu enmienda
pagará todo su llanto.

EMILIO. Es verdad; pero es preciso
atajar con pronta mano
el mal que sobre mí pesa

y me ahoga. Si el legado
(Con recelo y como temiendo proponer semejante cosa).
que está en poder de mi padre
obtener puedes al cabo,
venciendo su resistencia,
hoy pondré mi honor en salvo;
y despues, ennoblecido
(Con rapidez y queriendo borrar el mal efecto que ha hecho la peticion á su madre).
por la virtud del trabajo,
daré á Arturo su dinero
en breve centuplicado;
paz bendita á mi conciencia;
á mi espíritu descanso;
á tí mi amor más que nunca,
y regocijo al anciano.

MARÍA. Ya sabes que es imposible.

EMILIO. Con tal objeto...

MARÍA. Es en vano.

EMILIO. Pues bien; si no hay medio alguno
de que se evite este escándalo,
primero que la vergüenza
de ver mi nombre manchado
y de dar á todo el mundo
para mi deshonra pasto,
haré... no sé; no respondo
de lo que he de hacer al cabo.

MARÍA. ¡Emilio!...

EMILIO. Déjame.

MARÍA. No;
no te apartes de mi lado.
Pensemos...

EMILIO. No hay otro medio.

MARÍA. Pues bien; á todo me allano;
sé bien que ha de recibirme
con enojo; sin embargo,
yo invocaré en favor tuyo
lo más hondo, lo más santo,

y quizás tu padre ceda
mis lágrimas contemplando.

EMILIO. Sí, sí cederá mi padre;
viene hácia aquí; yo me marcho.
Piensa, madre, que mi vida,
que mi honor dejo en tus manos.
(Váse por el foro izquierda).

MARÍA. Ilumíname, Dios mio,
y da elocuencia á mis labios.

ESCENA VIII.

D. DIEGO *y* MARÍA.

DIEGO. ¿Por qué Emilio cada instante
huyendo va mi presencia,
si de su propia conciencia
ha de estar siempre delante?

MARÍA. Da tregua á tus iras, Diego;
acabe esta lucha fiera,
y escucha una vez siquiera
mis palabras con sosiego.

DIEGO. ¿Vas á hablarme de tu hijo?

MARÍA. Sí, por mucho que te asombre.

DIEGO. ¿Otra vez?

MARÍA. Óyeme; en nombre
de su dicha te lo exijo.

DIEGO. ¿Y qué puedo en conclusion
en su dicha, si él la mata?

MARÍA. Mucho puedes, y se trata
quizás de su salvacion.
Emilio, al fin, ha tenido
un impulso generoso;
de su pasado azaroso
aquí viene arrepentido.
El cielo escuchó mis preces.

DIEGO. ¿Eso crees?

MARÍA. Sí

DIEGO. Desconfia.

MARÍA. Esta vez sí.
DIEGO. No, María;
esta vez, como otras veces;
¿por qué esquiva, si es sincero,
mi presencia y mis razones?
MARÍA. Teme que no le perdones.
¡Eres con él tan severo!
DIEGO. Cuando un alma gira incierta
del vicio entre la corriente,
y á la virtud de repente
del hondo sueño despierta,
nada teme ni le humilla;
tórnase el pecho espansivo,
como el sol luçe más vivo
si tras la tormenta brilla;
y como se abren las flores
antes cerradas y mústias,
deja el alma sus angustias
y ábrese á tiempos mejores.
Siempre el arrepentimiento
de zozobras purifica;
díme, pues, cómo se explica
su esquivez y su aislamiento.
El bien busca la luz clara.
le ofende vivir oculto;
si él al bien ya rinde culto,
¿por qué me esconde la cara?
MARÍA. No, Diego; no le has mirado
como yo; vive entre abrojos;
tú no has leido en sus ojos
el horror á su pasado.
Tristes desengaños llora
viendo en peligro su honor,
y lleno al fin de temor,
hoy nuestra merced implora.
DIEGO. Pues bien; si ha roto los lazos
de su torpe frenesí,
que venga, que venga á mí,
que ya le aguardan mis brazos.

MARÍA. Sí; libertado del vicio
á tus plantas vendrá luego;
pero en su favor te ruego
que tú hagas un sacrificio. (Con embarazo).
Yo te lo vengo á pedir,
y tú me lo has de otorgar.

DIEGO. No quisiera adivinar
lo que me vas á decir.

MARÍA. En un grave compromiso
de Emilio el nombre se ve,
y que en tal riesgo no esté
á todo trance es preciso.
¡Ya ves qué terrible apuro!
Una fuerte suma debe,
y él...

DIEGO. Sí; á pensar se atreve
en el legado de Arturo.
¿Y es esa su redencion?
¿Y su virtud esa es?
¡Ay, María!

MARÍA. ¿Qué?

DIEGO. Ya ves
que es leal mi corazon.

MARÍA. De su honradez da una prueba
concediéndole valor.
Quiere volver por su honor...

DIEGO. Con una deshonra nueva.
No me hables de esto; lo exijo.

MARÍA. Él despues trabajará.

DIEGO. Él jugando perderá
la fortuna de su hijo.

MARÍA. Diego, ten por Dios clemencia,
porque esta lucha me asombra.

DIEGO. La tengo; que de una sombra
así libro su conciencia;
así en sus vicios lo atajo;
¡trabajo! Impostura cierta;
es más estrecha la puerta
que da al templo del trabajo.

MARÍA. Mas si en su angustia infinita
le asaltan locas ideas,
¿no es horrible que tú seas
quien así lo precipita?

DIEGO. No: yo no; su torpe audacia
que desgracia da por fruto;
él al mal rindió tributo,
y hoy recoge su desgracia.

MARÍA. ¡Severidad espantosa!

DIEGO. ¿Por qué, cuando él era niño,
tu exagerado cariño
la hizo infecunda y odiosa?
Si de nosotros alguno
culpable como él ha sido,
eres tú, que lo has perdido
con tu cariño importuno.

MARÍA. Le dí el calor maternal,
que es el más santo calor.

DIEGO. Cuando ilumina ese amor
la clara luz racional,
dá á los gérmenes del bien
fecundidad con su abrigo;
de toda virtud amigo,
virtud engendra tambien.
Mas cuando el límite pasa
de la razon; cuando es ciego,
no es ya calor; es un fuego
que todo gérmen abrasa.
Tú le has amado de sobra;
obré yo con la razon,
y tú con el corazon
fuiste matando mi obra.
Ahora pruebas la amargura
de su accion en este trance;
cuanta desdicha le alcance
de tu amor será la hechura.

MARÍA. Sí; cúlpame enhorabuena,
que no me he de defender;
yo he faltado á mi deber;

pues bien; sufra yo la pena.
Para mí lo merecido;
mas para él tu perdon.
Sálvalo por compasion;
de rodillas te lo pido.

DIEGO. No, no; á mis brazos, María.
(Sin permitir que se arrodille).

MARÍA. Si de culpas no me eximo.

DIEGO. ¿Piensas tú que yo no estimo
esa ciega idolatría?
¿Que no me inquieta su bien,
que siempre al cielo reclamo?
¿Piensas tú que no le amo?
¿No es hijo mio tambien?
¿Serme pudieran extrañas
ni las huellas de su paso?
¿Como tuyo, no es acaso
un trozo de mis entrañas?
Pero no puedo esta vez
ser débil, porque el legado
es depósito sagrado
confiado á mi honradez.
Por engañarte te afanas
cegada por tu sufrir:
¿pudieras tú consentir
la deshonra de mis canas?
¿Dónde te lleva el cariño
que así te ciega?...

MARÍA. Yo quiero...

DIEGO. Entregarte ese dinero
fuera robárselo á un niño.

MARÍA. Seré ciega y aturdida;
pero comprendo bien claro
que por mi hijo sin reparo
diera todo, hasta mi vida.

DIEGO. Y yo la diera igualmente
en aras de mi promesa,
que el porvenir interesa
de ese huérfano inocente.

Y no hablemos de esto más,
porque nunca cederé.

MARÍA. Pero escucha.

DIEGO. No.

MARÍA. (¿Qué haré?)
¡Diego! ¡Diego!

DIEGO. No; jamás.

(Sale D. Diego, y D.ª María le sigue en actitud de súplica).

ESCENA IX.

EMILIO.

No hay más; estoy decidido.
Pues que mi padre inhumano
se niega así, por mi mano
he de ver mi afan cumplido.
Esta es propicia ocasion.
Solo estoy; nadie me ve;
sí, vamos... Pero ¿por qué
me late así el corazon?
En mis venas siento frio,
y un volcan dentro del alma;
¿por qué dudo? calma; calma;
¿no es de Arturo? pues es mio.
¿No salvo mi honor así
del más peligroso extremo?
¿no es suyo mi honor? ¿qué temo?
nada; mi vida está allí.

(Se dirige al armario con paso resuelto; al llegar á él, oye á Arturo que sale, y retrocede sorprendido).

ESCENA X.

EMILIO *y* ARTURO. (Foro izquierda).

ARTURO. Padre mio...

EMILIO. (Sorprendido). ¡Qué?... ¿Qué quieres?

ARTURO. ¿Yo? verte.

EMILIO. ¿Á eso venias?

ARTURO. No te he visto en muchos dias.

¡Ya se ve! con tus quehaceres...
Aun á riesgo de enojarte...

EMILIO. No me enojas; vamos, dí.

ARTURO. Nada; que estando tú aquí,
he venido á saludarte.
Pero me duele infinito
tener una indiscrecion...

EMILIO. Sí, mira; en esta ocasion
estar solo necesito.
Una cuestion malhadada
me preocupa, y ya tú ves...
Ya nos veremos despues...

ARTURO. ¿Qué tienes, padre?

EMILIO. ¿Yo? Nada.

ARTURO. Estás pálido, sombrío.

EMILIO. Es que mis negocios van...

ARTURO. ¿Á qué ocultarme tu afan,
si yo lo sé, padre mio?

EMILIO. ¿Tú? (Con espanto).

ARTURO. Sí; viendo tu esquivez
que el alma me desgarraba,
á solas me preguntaba
su causa más de una vez.
Mas mi propio desconsuelo
me cegaba; estaba loco;
hasta que al fin hace poco
lo he sabido por mi abuelo.

EMILIO. Él te ha contado... (Con agitacion).

ARTURO. Sí, padre;
y él lo explica...

EMILIO. ¿De qué modo?

ARTURO. Atribuyéndolo todo
á tu pena por mi madre.

EMILIO. ¡Oh! (Avergonzado).

ARTURO. Te creí con desden,
y estás en dolor deshecho.
¡Bendito el dolor que ha hecho
á mi alma tanto bien!
Él de júbilo me llena;

ya ves; qué egoista soy;
ya ves, gozándome estoy,
padre del alma, en tu pena.
Porque tú me quieres.

EMILIO. Sí.

ARTURO. ¿Pude abrigar otra idea?
¿Qué has de hacer tú que no sea
lo más bueno para mí?

EMILIO. ¡Arturo!

ARTURO. Sí; ya me alejo.
Padre...

EMILIO. ¿Mi inquietud no ves?

ARTURO. ¿Nos hemos de ver despues?

EMILIO. Sí, sí; déjame.

ARTURO. Te dejo.

(Le besa la mano, que Emilio retira con horror, y se va, despues de haber indicado con la actitud y el gesto la extrañeza que le causa cuanto ve y oye, y su propósito de averiguarlo todo).

ESCENA XI.

EMILIO *y despues* D. DIEGO.

EMILIO. Y he de consumar ahora...
Siento que el valor me falta...
¿Y por qué? De esta manera
todo de una vez se salva.

(Se dirige al armario é intenta violentar la cerradura. D. Diego aparece por la puerta 1.ª derecha).

DIEGO. Gracias á Dios que he podido
de su ciego error sacarla.
¿Qué es esto? ¿qué ven mis ojos?
(Reparando en Emilio).
¡Oh!

EMILIO. ¡Ya saltó! (Abriendo el armario).

DIEGO. ¿Tal infamia?

EMILIO. Esto ha de ser.

(D. Diego se acerca lentamente y con extraordinaria agitacion á Emilio, y al llegar á él le coge violentamente de un brazo).

DIEGO. ¡Miserable!

EMILIO. ¡Padre!

DIEGO. Suelta.

EMILIO. No; no.

DIEGO. Aparta;
suelta, ó si no con mis manos
te he arrancar las entrañas.
(Le quita el pliego).

EMILIO. ¡Vive Dios! (Yendo á arrojarse sobre él).

DIEGO. ¡Ámí! ¡Á tu padre!
(Retrocediendo espantado y dejando caer la muleta). (Pausa).
Haces bien, hijo; descarga
(Con dolor infinito).
sobre mí tu airada mano.
Si has destrozado mi alma
en fuerza de pesadumbres,
nada haces ya, si profanas
esta frente, por los años
y el sufrimiento surcada.

EMILIO. ¡Padre! (Confundido).

DIEGO. Haces bien. ¡Quién dijera
que tu cabeza, en que tantas
bendiciones, tantos besos
mi amor un tiempo dejara!
¡Quién dijera que esa mano
que he regado con mis lágrimas
tantas veces, por tu dicha
pidiendo al cielo sin calma,
se alzaran en contra mia
en actitud de amenaza!
¿Y cuándo vienes á hacerlo?
Cuando el sepulcro me llama;
cuando se agobia mi frente;
cuando mi edad ya cansada
necesita de tus brazos.

EMILIO. ¡Padre, padre de mi alma!
No más; perdon.

DIEGO. No es bastante
toda una histeria de infamia;
(Irguiéndose sobre él en actitud terrible, mientras Emilio va poco á poco cayendo de rodillas).

no es bastante haber llevado
al sepulcro aquella santa,
que al morir te bendecia,
cuando en vida fué la esclava
de tu conducta injuriosa,
de tus torpes asechanzas.
No es bastante haber dejado
á Arturo desde su infancia
sin amor y sin amparo,
ahogando dentro del alma
ese amor que hasta las fieras
conservan en sus entrañas;
no es bastante haber llegado
hasta el colmo de la audacia
robando á tu propio hijo,
de tu infame vicio en aras,
su fortuna, y la memoria
de su madre idolatrada
profanar; era preciso
manchar vilmente las canas
de un anciano, de tu padre.
¿Y tú mi hijo te llamas?
Mientes... Maldito...

EMILIO. No; padre.
Piedad; mírame á tus plantas.
No me maldigas.

DIEGO. ¿Quién llega?
Es Arturo. Calla; calla.
(Ocultando rápidamente á Emilio con su cuerpo y levantándolo del suelo).

ESCENA ÚLTIMA.

D. DIEGO, EMILIO, ARTURO (foro izq.ª) y MARÍA (1.ª derecha).

D.ª María queda en segundo término sin ser vista por los otros personajes y expresando con el gesto las impresiones de la escena que oye.

ARTURO. Abuelo ¿qué es eso?

DIEGO. Cosas
que tu inocencia no sabe,

ni quiera Dios que jamás
á comprenderlas alcances.

ARTURO. No insisto; razon tendreis
los dos, cuando así callais.
Pero en eso que decíais
que yo no acierto á explicarme,
he comprendido bien claro
que ese pliego es de mi madre.
Si es una memoria suya,
deja, deja que la abrace
contra mi pecho, y la besen
mis labios unos instantes.

DIEGO. Sí, toma hijo mio; y hazlo
agradecido y amante,
que ese pliego es de su amor
infinito clara imágen.
En él está tu fortuna.

ARTURO. ¿Mi fortuna? Ya lo es grande
(Toma el pliego y lo besa).
poder besar este pliego
que su recuerdo me trae. (Abre el pliego).
¡Una carta! ¡Madre mia,
cómo el corazon me late! (Leyendo).
«Arturo, pobre hijo mio,
ya que yo no puedo verte,
desde mi lecho de muerte
un beso de amor te envio.
Con él va mi bendicion
acrisolada en el llanto;
con él mi cariño santo,
mi vida, mi corazon.
Nada en mí causa tu olvido;
ni aun la muerte que me espera.
¡Ay! Mi palabra postrera
será tu nombre querido.
(Se detiene un momento á enjugarse las lágrimas)
De mis padres recibí
la fortuna que te lego;
sin tocarla te la entrego;
toda, toda para tí.

Para tí la he conservado
entre inmensas inquietudes;
mas no es ese, no lo dudes,
mi verdadero legado.
Cuando la vida se agota,
que el alma inmortal encierra,
el cuerpo vuelve á la tierra;
pero el espíritu flota.
Yo habré sucumbido ya
cuando tú esta carta leas;
mas que te dejo no creas;
mi alma por tí velará.
Aunque á veces no te cuadre,
al bien rinde tu albedrío;
y sobre todo, hijo mio,
respeta y ama á tu padre.
¿Verdad que lo harás así?
Sí; lo fio y muero en calma.
Adios; te lego mi alma
velando siempre por tí!»

(Cae en el sillon abismado de dolor. De pronto se levanta y dice con resolucion).

Sí, madre mia; tu alma
de mi mismo ser es parte;
en mí la siento; me inspira;
dentro de mi pecho late.
¿Estos valores son mios?
Pues bien; guárdelos mi padre.

DIEGO. ¿Qué vas á hacer?

ARTURO. Si le debo
todo, hasta mi ser ¿qué hay
que yo pueda llamar mio
y no le entregue? Mi sangre
diera yo por una gota
de la suya.

EMILIO. Arturo, nadie
es más indigno que yo
de esa nobleza. ¿No sabes
como me avergüenzas; hijo,

yo he sido contigo infame;
de ese bendito legado
he querido despojarte.

DIEGO. ¡Emilio!

EMILIO. Quiero decirlo
porque brotan á raudales
las lágrimas en mis ojos;
son las primeras que salen
de amor, de arrepentimiento,
y quiero purificarme.
Sí, hijo mio; cuando ciego
tras de mentidos afanes
te abandonaba, este anciano
consiguió que en tí brotasen
los más nobles sentimientos.
Él te guardó; pues que él guarde
tu porvenir; no yo, Arturo;
éste, hijo mio, es tu padre.

DIEGO. ¡Emilio! ¡Arturo! En mis brazos;
calor y vida prestadme;
porque así hasta de la muerte
parece que me escudais.
¿Tú, Emilio, tú no te juzgas
digno de aquí en adelante
de guardar ese legado?
Pues tómalo; ya me es dable
confiarlo á tu cariño
que así entre lágrimas nace.

EMILIO. Venga, pues, como una eterna
expiacion de mis maldades.
Arturo, Arturo, hijo mio...
¡Madre mia!

(Dirigiéndose á D.ª María, que se ha ido acercando lentamente al grupo).

MARÍA. No, á tu padre.

DIEGO. ¡Oh! santo y dulce consuelo!

ARTURO. Bendícenos, madre mia.

MARÍA. Sí; ya tu madre te envia
su bendicion desde el cielo.

Cuadro.—Arturo queda arrodillado á los piés de D.ª María. Emilio á los de su padre, ó en sus brazos. Esto y la colocacion relativa de las figuras queda á eleccion del director de escena. Telon.

FIN DEL CUADRO DRAMÁTICO.

Sr. D. José Suarez.

Mi muy estimado amigo:

Usted me ha dado el pensamiento de este cuadro; usted me ha estimulado á que lo desenvuelva; con usted he consultado el plan de la obra; usted sabe en qué condiciones de ánimo y de tiempo se ha escrito; usted ha presenciado su éxito con lágrimas en los ojos, y aun me parece verlo entre bastidores esperando con gran ansiedad el primer aplauso.

Tambien los actores que han estrenado este dramita lo han considerado como cosa propia; ejecutándolo todos y dirigiéndolo el Sr. Galvan con singular aficion y cariño. Sea esta carta para ellos y para usted un testimonio de mi gratitud y de mi afecto.

Suyo afectísimo S. S.

Antonio Lopez Muñoz.

Esta obra se halla de venta en las principales librerías de Madrid y de provincias.